



Misa conmemorativa del Centenario de la Coronación de la Virgen de Monserrate

*S. I. Catedral de Orihuela
Domingo 31 de mayo de 2020*

Sr. Deán y hermanos sacerdotes concelebrantes, párrocos de las cinco parroquias de la ciudad a las que hacéis presentes; Sr. Alcalde y representantes de los grupos municipales, autoridades, responsables de todo de entidades y asociaciones de nuestra querida ciudad de Orihuela; presidente, Junta, miembros, camareras y “costaleros”, y representación completa de la Archicofradía de la Virgen; hijos e hijas de esta gran ciudad que tiene por madre y patrona a Ntra. Sra. María Santísima de Monserrate; hermanos todos, que más allá de los límites de Orihuela nos acompañáis por los medios de comunicación en este gran día.

Hoy celebramos, exactamente, que tal día como hoy, el 31 de mayo de 1920, fue coronada la imagen de nuestra Patrona, la Virgen de Monserrate. Y lo celebramos en el marco litúrgico de la grandísima solemnidad de Pentecostés.

La historia de Jesús es una historia de bondad y de amor a la Humanidad, que tiene su origen en la misericordia del Padre, y que tiene por finalidad que no perezamos, sino que alcancemos la vida eterna. Así lo recuerda y lo revive Orihuela, especialmente cada Semana Santa, cada año. También en este, que no ha sido como hubiéramos querido, pero que ha sido.

El Espíritu Santo, enviado por el Señor de modo definitivo para todos, en este día de Pentecostés, perpetúa la historia de amor de Jesús, su obra, hasta nosotros y hasta el final de los tiempos, hasta que vuelva. El Espíritu Santo, hemos visto en el Evangelio de hoy, fue el primer don del Resucitado, don para un signo, único y sublime del amor: el perdón. Jesús en la cruz muere perdonando y con su muerte nos obtiene el perdón de los pecados. Y al resucitar el primer don que concede es el Espíritu Santo, precisamente para aplicar esa gracia única que es el perdón de los pecados; gracia capaz de generar un corazón nuevo, una vida nueva en cada ser humano, en nosotros.

El día de Pentecostés, el Señor resucitado cumple la gran promesa: envía el Espíritu Santo, inaugura así el tiempo de la Iglesia, que nace aquel día entre el Cenáculo y la calle; con todo lo que estas palabras significan. Frutos del Espíritu, de su acción, se nos destacan dos en la Palabra de Dios hoy proclamada; además del Evangelio referido, se destaca, entre otros, la fe, así nos lo decía S. Pablo en la 2ª lectura: “Nadie puede decir Jesús es Señor...”, y la unidad, la fraternidad y la unión de la Humanidad, rota en Babel, que renace en un pueblo unido: la Iglesia (1ª lectura, Hch.).

Jesús, pues, es una gran historia de amor; en su Pascua, nos ha salvado. Resucitado nos envía, el día de Pentecostés, el Espíritu Santo, quien abre la presencia y la obra, para todos y para siempre de ese amor. Por Él, por el Espíritu, nos sigue salvando.

Historia de amor es, también, el origen e historia de la devoción de la Virgen de Monserrate en Orihuela. Amor por parte de Ella que quiere como nacer para Orihuela -ser encontrada- en los inicios de su consolidación como nueva comunidad cristiana, en el 1306; oculta y buscada mucho antes. Quiere estar cerca, junto a una de las entradas de la ciudad -de ahí su antiguo nombre, Virgen de la Puerta-; y quiere ser reflejada en un imagen, que si bien conserva trazas de Virgen sedente y coronada, no está tanto como trono sino como madre que sujeta a su Hijo, que lo acoge y sostiene; y en ese niño -en Él- estamos nosotros; como su Pueblo, su Cuerpo, su Iglesia, y como hijos en Él, cada uno de nosotros.

Orihuela ha correspondido a ese amor, desde siempre; desde que la buscaba sin descanso por la sierra oriolana, como imagen venerada por sus antepasados. Desde el hallazgo de 1306, metiéndose en pleitos por su nombre. Acudiendo, en tiempos de bonanza y de tempestad, a ella. Y queriendo expresar su amor -después de siglos mostrándoselo- en una corona, reflejo y síntesis de sus sentimientos hacia Ella. Corona que se le impone por dos veces: en 1920, por la mano del Obispo D. Ramón Plaza, en la Plaza Nueva, tal día como hoy; y en 1959, por la mano del Obispo D. Pablo Barrachina, en la Glorieta.

Esta historia de amor llega a nosotros. Muestra de esto era cuanto teníamos programado para celebrar este Centenario; muestra ha sido cuando de corazón se ha realizado, dadas las circunstancias que estamos atravesando, y que en sus sentimientos expresaba el logo: “100 años Patrona y Coronada”. Mucho ha sido el amor callado, no manifestado, cuán grande era nuestro deseo; pero expresado al fin y al cabo, y no ahogado por este año complicado por la DANA, primero, y ahora por el COVID-19.

Me atrevo a decir que es providencial vivir, de este modo, esta celebración del Centenario de la Coronación de nuestra patrona. Acercarnos a nuestra madre, invocarla y sentirla precisamente en estas circunstancias, quizás únicas en la historia: Por su dimensión universal. Por los enormes interrogantes que existen sin respuesta, por las quiebras de confianza a las que conducen, porque con ocasión de la crisis sanitaria parecen moverse hilos que tejen ingeniería social, porque la gran pandemia necesita ciencia y sanidad, sí, pero, sobre todo, valores espirituales para salir, porque la emergencia es de sanidad, pero con unos efectos económicos, sociales, culturales, difíciles, aún, de predecir.

En momentos así importa salir de la sequía de Dios en la que tantos nos hemos instalado. Buscar en Él bases sólidas para seguir esperando. Reactivar el amor comprometido, sumándonos a los grandes ejemplos de sanitarios y de personas de Iglesia y servidores públicos, que han dado una gran talla en momentos de oscuridad.

Que la gracia del Espíritu Santo, por intercesión de María de Monserrate, nuestra madre, nos despierte, anime y fortalezca en estos momentos históricos. Me vale y me sirve mucho la actitud del papa Francisco que considera a estas circunstancias un gran reto a nuestras personas y sociedades. En el cercano domingo de Pascua, 12 de abril, afirmaba entre otras cosas: “Espero que este momento de peligro nos saque del piloto automático, sacuda nuestras conciencias dormidas, y permita una conversión humanista y ecológica...Nuestra civilización...necesita bajar un cambio, repensarse, regenerarse”. Estas circunstancias son ocasión para renacer y regenerarse.

Para una madre su gozo son sus hijos, más que bienes, que regalos. Recuerdo, en mi infancia, haber oído a una mujer mayor: “mis joyas, mis hijos; mi riqueza, ellos”.

Recuerdo en el centenario de la Coronación de una imagen de María este lema: “mi corona sois vosotros”. A la Virgen de Monserrate no le hemos venido hoy, con joyas; sus joyas, para ella –nuestra madre-, somos nosotros. A la Virgen de Monserrate no le hemos traído hoy una nueva corona, su corona somos nosotros.

Hoy le quiero pedir su amparo para toda Orihuela –y el cielo para nuestros antepasados que tanto la amaron-; le quiero pedir que nos de su amparo para renacer fuertes en la fe, la esperanza y el amor en estas circunstancias. Para, así, ser hijos, joyas, de tan digna madre. Así sea.

✠ Jesús Murgui Soriano.
Obispo de Orihuela-Alicante.